

INTRODUCCIÓN

¡Bienvenidos y bienvenidas! Ahora tienes una versión abreviada de mi libro *Las decisiones que tomas*, la historia de mi vida y mi testimonio sobre cómo, a partir de una vida de joven huérfano de padre, busqué mi autoestima y reconocimiento en las drogas, pero finalmente me quedé atascado, acabé en la cárcel y cómo encontré la salvación en Jesucristo. Te deseo mucha inspiración y bendiciones mientras lo lees.



Soy yo en esta foto, con mi padre en nuestra antigua casa cuando era niño. Nos queríamos mucho.

UN COMIENZO AGRIO

Con sólo 5 años, experimenté un duro comienzo de mi infancia. Apenas un mes antes, había celebrado mi cumpleaños con mi madre y mi padre en el McDonald's. Fue una cena en la que pude freír mi propia hamburguesa en la cocina. Al mirar atrás y ver las fotos, me quedé horrorizada, las salpicaduras me daban miedo, pero disfruté del día.

McDonald's era mi restaurante favorito cuando era niño, me encantaban especialmente los McNuggets. Un mes más tarde, estaba sentado frente al televisor a las seis y media viendo mi programa favorito, Mr Owl. Un programa sobre historias con sabiduría. De reojo veo a mi madre salir al balcón para tomar las bolsas de basura y sacarlas al día siguiente cuando pasara el camión. Mi padre camina detrás de ella en bata, con el pecho entreabierto.

Aquel noviembre de 1983 fue un invierno muy duro, hacía menos de dos grados bajo cero y había nieve hasta las rodillas. Mi padre era un hombre apasionado y un poco celoso y fue a ver qué hacía mi madre. Mientras mi madre estaba en el balcón, se puso a hablar con ella en el balcón para ver si hablaba con alguien. Mi madre, por supuesto, no dijo nada y volvió a entrar y él la siguió. Bajó 4 pisos y mientras mi padre volvía a la cocina desde el balcón vi que se llevaba la mano al pecho y quería sentarse en una silla,

pero se resbaló. Lo que vi me asustó mucho y corrí escaleras abajo a buscar a mi madre.

A mitad de camino, ella me vio asustado y le dije: «Mamá, mamá, a papá le pasa algo». Subió corriendo conmigo y, al llegar al cuarto, vimos a mi padre sentado en el suelo contra la silla. Lo levantó, lo llevó a la sala y le dijo: «Ven, cariño, todo va a salir bien». Le hizo sentarse en el suelo y me pidió que sujetara a mi padre para que no se cayera. Rápidamente fue a buscar a la vecina y yo me quedé solo con mi padre durante unos minutos que me parecieron dos horas. Mientras le observaba, miraba fijamente hacia delante y parecía que ya estaba entre el cielo y la tierra. Me pareció detectar una pequeña sonrisa en su rostro, pero no estaba seguro.

Mientras tanto, mi madre había vuelto con el vecino y me dijo: «Rivelino, quiero que vayas con la vecina». Ella iba a llamar a la policía y a la ambulancia y se iba a quedar a solas con mi padre hasta que le ayudaran, pero yo por dentro gritaba: «No, no quiero ir con la vecina, quiero saber qué le va a pasar a mi padre», pero como tenía cinco años, aún no tenía la capacidad verbal para expresarme lo suficientemente bien, así que le seguí la corriente. Mientras bajaba las escaleras con la vecina, oí sirenas de policía a lo lejos y cuando llegué a su casa, vi otra ambulancia de juguete y eso es lo último que puedo recordar y que recuerdo de aquella noche.

En años posteriores, mi madre aún me explicaba que cuando me recogió en casa de la vecina al día siguiente; «Papá ya no está», mi padre había muerto. Ella dijo que yo reaccioné así: «No, no es verdad, ¿dónde está mi papá, quiero a mi papá, dónde está papá?». Haciendo memoria, inmediatamente se me vuelve a hacer un nudo en la garganta y siento que se me saltan las lágrimas. Fue un comienzo traumático de mi primera infancia que influiría mucho en mi desarrollo posterior como niño y joven.

INFANCIA PROBLEMÁTICA

En los años siguientes, crecí como un niño introvertido. Se me veía callado y simpático, pero por dentro me asaltaban la frustración y las preguntas. Cada vez que salía temprano del colegio los miércoles, mis amigos eran recogidos por sus padres. Uno en una moto de cross chula, el otro en un coche chulo con los faros desplegables como un Ferrari ¿y yo? Tenía que volver a casa solo porque mi madre seguía trabajando para pagar nuestras deudas. Entonces, cuando veía a mis amigos así cuando les recogían, me ponía celoso, y luego pensaba: «¿por qué a mí no me puede recoger mi padre, por qué murió mi padre tan joven?». Poco a poco se convirtió en una frustración que hizo que empezara a rebelarme de joven. Quería que me viera una

figura paterna, quería el reconocimiento de que se me permitía estar allí y de que era un buen chico.

A menudo, cuando salía del colegio, pasaba por delante del merendero y allí veía a los chicos mayores duros parados en la esquina de la calle. Destacaban porque eran duros, con sus tenis Nike caros, sus gruesas cadenas de oro y sus ciclomotores molones. A veces, cuando pasaba por allí, uno de esos chicos me decía: «Hola, pequeño, ¿cómo estás? ¿Cómo está tu hermano? Te va bien en la escuela, ¿eh?» Y entonces me daban cinco florines con los que podía comprar patatas fritas y aperitivos. Y esa atención me llenaba de orgullo y calidez porque me veían los chicos duros. Poco sabía yo que en su época eran ladrones, proxenetas y traficantes de drogas.

Pensé: yo también quiero ser así, duro, con la atención de las chicas guapas y las cosas caras. Así que empecé a llamar la atención en clase haciendo bromas sobre todo. Empecé a pedir cosas caras, como tenis Nike. Mi madre a veces trabajaba hasta altas horas de la noche para darme lo que quería. La primera vez que me regalaron unos tenis Nike Structures tenía 10 años y estaba super feliz y orgulloso de ellas. Recibía más atención tanto de mis amigos como de las chicas del colegio y el ansia de atención crecía. Tenía un vacío dentro de mí que no parecía llenarse fácilmente. Me di cuenta de que los chicos duros de la esquina recibían suficiente atención.

Empecé a comportarme más como ellos y a robar en el supermercado local sin que me pillaran. Conocí amigos en el barrio donde vivía mi hermanastra y eran chicos intrépidos. Empezamos a demoler proyectos de construcción rompiendo ventanas, derribando ascensores y pintando grafitis en las paredes. Nos peleábamos con otros vecinos y lanzábamos fuegos artificiales contra autobuses y tranvías. Mientras tanto, yo me volvía cada vez más bocazas y revoltoso en el colegio. Insultaba a los profesores y me expulsaban de clase con frecuencia. Llegó un momento en que se me fue tanto la mano que me expulsaron del colegio y tuve que ir a una escuela para niños con problemas de aprendizaje y educación. Tenía unos 10 años cuando entré en ese colegio y pronto conocí a unos amigos que venían todos los días al colegio con paquetes gordos de dinero, resultaron ser carteristas y todos los viernes íbamos al mendero y me permitían pedir lo que quisiera.

Al cabo de unos meses, uno de mis nuevos amigos me preguntó si quería ir con él a robarle dinero a la profesora. Se había enterado de que ella siempre llevaba al colegio una cartera llena de billetes. A pesar de que me escandalizaba que quisiera robarle a una de mis profesoras favoritas, me sentí obligado a hacerlo por lealtad.

Ese mismo mes planeamos robarle dinero y durante el breve descanso entramos a escondidas en la escuela y le robamos 100 florines, lo que nos pareció el salario de un

mes entero. Después de la escuela fuimos al snack bar y pedimos el menú completo, con lo que sobró compramos dulces para el resto de la semana. Unos meses más tarde, el director de la escuela nos llamó a su oficina. Alguien nos vio y descubrió que robamos el dinero. Estaba aterrorizado y aterrado de que fueran a llamar a la policía, mi madre me mataría. Pero en lugar de eso, tuvimos que hacer trabajos ocasionales durante todo el año para recuperar el dinero. Se podría pensar que es una buena solución responsable, ¿verdad? ¿Dejar que esos niños aprendan algo de su error?

Para ser honesto, fue una excusa para continuar y así después de ese año seguimos robando bicicletas, intentando entrar a nuestra propia escuela a plena luz del día y en nuestro último año en la escuela primaria, dos de mis amigos fueron atrapados por robar una radio del coche. Todos tuvimos que ir a una escuela secundaria para niños con dificultades de aprendizaje y de crianza y a partir de ahí todo fue cuesta abajo rápidamente. Ahora tenía 13 años y había cometido varios delitos sin que me descubrieran, excepto aquella vez en la escuela.

En la escuela secundaria conocí a mis nuevos mejores amigos, Malla y Stanga. Estaban relacionados con una pandilla local y eran chicos de 15 y 16 años que no se echaban atrás ante nadie. Eran conocidos por sus agresiones, tráfico de drogas y robos. Pronto los tres comenzamos a convertirnos en los chicos populares de la escuela. Tenía-

mos los últimos zapatos, gorras y chaquetas e impresionábamos a todas las niñas del colegio. También comenzamos a robar bolsos, computadoras de juego y un día decidimos que queríamos formar nuestra propia pandilla siguiendo el modelo de esos tipos.

Uno de nuestros primeros actos se produjo unos meses después. Estábamos en el metro y uno de nosotros reconoció a un niño de primaria. Stanga dijo, vamos a buscarlo; Unas paradas más tarde se bajó del metro y lo perseguimos hasta un túnel. Debajo del túnel Malla gritó: «Oye, ¿qué estás mirando?» El niño se giró tímidamente y preguntó en voz baja: «Eh, ¿a qué te refieres?» A lo que Malla dijo: «¿Qué estás viendo? ¡No actúes con dureza, ¿eh?!» Y corrió hacia él y sacó de su bolsillo un costoso Walkman que valía 400 florines. Stanga y yo nos miramos y pensamos, ahora no podemos quedarnos atrás y nos acercamos a él y cogimos su chaqueta Nickelson por 300 florines y su Nike Air Max por 300 florines y él se escapó en calcetines y dejó su bolso detrás.

Me quedé allí un momento con dolor de estómago y pensé: «¿Qué hemos hecho?». Rápidamente metimos sus cosas en su bolso y corrimos hacia el metro. Repartimos sus cosas en la estación y cuando llegué a casa mi madre me miró y me preguntó: «¿Estás bien?». Ella pudo ver en mi cara que no me sentía bien, y le dije; «No pasa nada mamá, solo estoy cansado, me voy a dormir temprano».

Eran sólo las 7 de la tarde, pero estaba muy nervioso.

A la mañana siguiente fui a la escuela y en la primera lección el decano me sacó de clase después de sólo 15 minutos. Él dijo; «Rivelino, ¿te gustaría venir conmigo? También puedes llevarte tu abrigo y tu bolso.» Y cuando dijo eso, sentí que el corazón me latía en la garganta porque sabía que algo andaba mal. Empaqué nerviosamente mis cosas y seguí al decano. En su oficina vi a dos hombres altos de pie con una parka descolorida de color rojo y gris. En la puerta de su oficina uno de los hombres tomó una tarjeta y dijo: somos de la policía juvenil de Amsterdam y usted ha sido arrestado. Tienes derecho a un abogado o a permanecer en silencio y me tomaron del brazo y tuve que caminar hasta el patrullero encubierto de los detectives.

A partir de ese momento todo pareció un mal sueño que se convirtió en realidad. Tuve que ir a la comisaría donde me tomaron fotos y me tomaron las huellas dactilares. Recibí un informe del subcomisario de policía y a partir de ese momento estuve en prisión preventiva durante una semana antes de comparecer ante el juez de menores. Después de una semana de estar aislado de mi madre, mis amigos y mi familia, llegué al palacio de justicia donde me encontré nuevamente con mis dos cómplices antes de que tuviéramos que ir a juicio ante nuestros jueces separados. Todos discutimos lo que habíamos dicho y coordinamos nuestras historias. A media tarde me permitieron compa-

recer y tuve un juez ciego, con perro guía, bastón y máquina de escribir Braille. Estaba rodeado por varios guardias de prisión a los que había visto yendo y viniendo en el camión de transporte desde hacía más de una semana.

Diez minutos después de haber iniciado la sala del tribunal, mi madre entró y si las miradas mataran, su mirada me habría enterrado a 20 pies bajo tierra. Cuando vino a sentarse a mi lado dijo Cuando se sentó a mi lado me dijo con su conocida voz severa: «Te lo advertí, ¿verdad? ¿Te lo advertí?!». Ese fue el castigo más grande para mí, el hecho de haber decepcionado y lastimado a mi querida madre, su más querido hijo por quien ella haría cualquier cosa. ¡¿No me importaba esa sentencia de prisión, pero no me importaba lastimar a mi madre?! ¡Nunca! De todos modos, me dijeron mi castigo: ¡3 meses de detención juvenil y 4 reuniones obligatorias con la agencia HALT!

Hacia el final de la condena me permitieron volver a la escuela y tuve que ir a la oficina del director. Dijo que lamentaba mucho lo que había sucedido pero que podía quedarme en la escuela mientras no volviera a suceder. Y sí, toda la escuela se enteró de lo que habíamos hecho. Cuando salí de su oficina tenía miedo del qué dirían mis compañeros, pero en el momento en que entré al comedor fui abrazado por tres niñas que me abrazaron y me preguntaron, «¿cómo era la cárcel? ¿Es como en las películas? Ay que felices estamos de verte de nuevo». Y pensé para

mis adentros, «pero sabes lo que hice, ¿no?». Sentí que me recibían como un héroe y por un momento tuve un cortocircuito. En ese momento sucedió algo extraño. Todos los momentos de soledad y aislamiento que experimenté cuando era niño y en prisión desaparecieron cuando me sentí celebrado como un héroe. Ese momento me llevó a profundizar más en la delincuencia, los robos, los roles comerciales, los robos y en definitiva el narcomenudeo. Ahora fumaba marihuana y hachís todos los días en combinación con alcohol, lo que significaba que estaba bajo sus efectos con más frecuencia que sobrio. Siguieron varias condenas y varios enfrentamientos de dolor con mi madre y esto continuó hasta los 15 años.

ENCRUCIJADA

Justo antes de cumplir 16 años, estaba en un centro juvenil con dos amigos. Conocí a uno de estos niños de la escuela primaria y habíamos jugado juntos a las canicas cuando éramos pequeños. Ellos se habían convertido en traficantes de drogas, yo me había convertido en ladrón y asaltante y nos conocimos en esta era oscura de nuestras vidas. En ese centro juvenil fuimos detrás del escenario y uno de los chicos, Stacy, lo llamo, sacó un porro, pero cuando lo encendió olía muy extraño. En vez de hachís o

marihuana olía a plástico y me pareció raro, pero para que no me vieran le di dos caladas y se fueron dejándome solo con ese porro raro. Después de tres tirones lo tiré porque no confiaba en él. Caminé de regreso al sofá en la parte trasera de la sala del centro juvenil y donde normalmente estaba drogado y mis pensamientos flotaban por la habitación como una libélula, ahora estaba hecho de hierro y estaba feroz y enojado como nunca antes. Siento como si hubiera estado sentado solo en ese sofá toda la noche y al final de esa noche vinieron esos dos amigos y uno de ellos, Stacy, me dio 3 bolsas y me dijo: «Aquí tienes un poco de café, mira qué haces con él, es heroína. O lo usas tú mismo o lo vendes.» Y pensé para mis adentros, ¿estás loco? ¿Por supuesto que no voy a usarlo yo mismo?! Pero lo tomé y lo guardé en mi bolsillo.

Inmediatamente pensé en mis tíos y tías, ellos eran adictos al crack y a la heroína cuando yo era pequeño y recuerdo verlos caminando por la calle buscando su próxima dosis. Mi madre siempre les daba algo de dinero cuando veía a uno de ellos, dejaba que su hermano menor viviera con nosotros cuando quería dejar el hábito, pero poco después de dejar el hábito murió de un tumor cerebral a la edad de 40 años. Mi otro tío dejó el hábito para siempre, mi tía lamentablemente todavía es adicta. Esto fue una pesadilla para mí desde una edad temprana, pero ahora tenía esa heroína de la que tenía que deshacerme. He estado invo-

lucrado en negocios de drogas antes, pero venderlas uno a uno era nuevo para mí.

Después de una semana fui al lugar donde había muchos adictos, prostitutas, traficantes y agujas en el suelo y puse mi cara de póquer, enojado por fuera pero nervioso por dentro. 15 años, casi 16 años y miré a mi alrededor para ver quién estaba allí, en un momento miré a alguien y ese tipo se acercó a mí. Parecía descuidado y tenía una capucha puesta. Él preguntó; «¿Tienes algo para mí?» Y dije, «sí, tengo algo para ti». Saqué la heroína de mi bolsillo y se la di. Abrió las bolsas, dijo «está bien, hombre» y me dio dinero.

En el momento en que tomé el dinero fue como si estuviera en una película y la imagen del universo se acercaba a mi cabeza, palpitaba en mis venas y se acercaba a mis pensamientos y me preguntaba: «¿Qué diablos estás haciendo?». Era como si estuviera en una encrucijada y por un lado el diablo me estaba mostrando su futuro para mí y las posibilidades dentro de él; un traficante, un adicto, un delincuente grave o un joven delincuente que muere joven.

Otra voz dentro de mí que decía: «no, éste no eres tú». Y tomé mi bicicleta y recorrí la ciudad toda esa tarde como si quisiera quitarme toda la suciedad. Empecé a pensar profundamente sobre el significado de la vida. Fue como si me hubieran despertado de un sueño muy largo que me

mantenía en la oscuridad. Empecé a buscar la verdad que pudiera salvarme, comencé a profundizar en diferentes religiones, comencé a meditar. Dejé de fumar y beber.

Un año después de esa decisión, asistí a un campamento de fútbol donde conocí a un niño de Filadelfia que estaba en una misión en Ámsterdam con su grupo de jóvenes. Durante esa presentación me invitó a una velada de teatro con comida y bebida gratis y jese fue el detonante para que quisiera ir!

Cuando llegué allí, me encontré con jóvenes que escuchaban música que cantaba sobre Jesús. Estos jóvenes eran súper amables y si tenían un conflicto lo hablaban en paz en lugar de pelear entre ellos como estaba acostumbrado. Esa noche mostraron una obra que mostraba que existe el mal y el bien y que el mal es como un gas nervioso que puede matarte, pero que Dios quiere protegerte del mal y que ha enviado a Jesús como una máscara de gas para protegerte. ¡Y no sé qué pasó, pero ese mensaje me golpeó como un martillazo! Me derrumbé y comencé a llorar con todo mi corazón durante media hora, no podía parar. Y al mismo tiempo me daba vergüenza porque pensaba «¿qué estás haciendo? ¿Chico de la calle, gánster que estaba sentado ahora llora en una obra de teatro?».

Pero lo que no sabía en ese momento es que el espíritu de Dios me había tocado y cuando abrí los ojos me sentí ligero como una pluma, una carga muy pesada había caído

de mi espalda. Y el niño que me invitó, John, me preguntó si podía orar conmigo y yo le dije que sí, pero que nunca antes había orado con nadie en público. Mientras orábamos parecía que estábamos rodeados por una luz cálida y esa semana uno de los pastores de jóvenes, Dave, me preguntó si entregaría mi vida a Jesús y nacería de nuevo. No entendí a qué se refería, ¿tenía que morir y nacer de nuevo? No, fue un renacimiento espiritual en el que dejas atrás tu antigua vida y entras en una nueva vida con Dios. Quería eso porque sentía la cercanía de Dios cuando cantábamos y siempre quise seguir sintiendo y experimentando eso. Entonces, después de la tercera llamada, subí y confesé mis pecados y que necesitaba ser lavado por la sangre de Jesús y dije «¡Amén!».

Pero no escuché ángeles cantando ni campanas sonando ni se me puso la piel de gallina, pero cuando llegué a casa experimenté algo que nunca antes había sentido con tanta fuerza: ¡PAZ! Paz tan grande que, si pudieras expresarla en kilos, tendría 30 kilogramos de paz en mi corazón y eso nadie me lo podría quitar. Esa noche cambió toda mi vida.

En el tiempo que siguió, aprendí a tocar la guitarra y comencé a tocar canciones que traían gloria a Dios. En ese momento también le pedí a Dios: «Dios, quiero rapear y hacer música para ti e ir por el mundo para compartir tu nombre y amor.»

Puedo decir con todo el corazón que Dios ha excedido con creces mi oración. Dios me tomó con el poco talento que tenía y abrió puertas que sólo Dios puede abrir y ningún hombre puede cerrar. He podido pararme frente a personas de la familia real, personas en clínicas psiquiátricas, personas en prisiones de Brasil, Uganda, Aruba, Italia, Países Bajos, Bonaire, Surinam, México y más. He podido llevar a personas a la cruz de Cristo y puedo animar a los jóvenes cada semana con música, libros y testimonios.

¿TU SALVACIÓN?

Quizás te estés preguntando ahora, «¿qué puedo hacer para ser salvo?» Muy simple, no tienes que cumplir todo tipo de condiciones ni primero ser perfecto antes de poder venir a Dios porque Dios dice en la Biblia en Juan 3:16: «Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna».

Dios dio a su hijo unigénito Jesús como sacrificio para que pudiéramos tener vida eterna y una relación con Dios. Donde el pecado separó al hombre de Dios, Jesús es el maravilloso consejero que intercede por nosotros ante el Padre y ha traído la reconciliación entre nosotros y Dios.

Si quieres esa vida con Dios y una relación personal con